Juan Ramón Jiménez y el Premio Nobel

Matica Goulard de Westberg

Aunque Salamanca* no sea la ciudad con la que uno asocia al poeta de Moguer, en este año de 1981 en que se cumple el centenario de su nacimiento, es casi obligado que la Asociación Europea de Profesores de Español le dedique un recuerdo. Mi ponencia tiene un modesto carácter informativo, pero en los datos que yo voy a aportar hay, a mi parecer, un elemento de interés: el lazo de unión, la relación entre Juan Ramón y los poetas de habla española en América, la deuda honradamente pagada por una poetisa chilena. Yo espero que en fecha próxima tengamos ocasión de conceder a Juan Ramón Jiménez el lugar que se merece en alguno de nuestros coloquios o congresos y desearía que alguien subrayase este lazo de unión entre el poeta andaluz y los poetas de habla hispana en América que tanto le han comprendido y tanto le han seguido.

El tema que voy a desarrollar es, a primera vista anecdótico: ¿Qué circunstancias exteriores se produjeron para que la Academia Sueca, que concede la distinción del Nobel de Literatura, que había tenido tan poco en cuenta en lo que iba de siglo a los escritores de habla española, en 1956 concediese el Premio, tan merecido, a Juan Ramón Jiménez? Lo anecdótico no me parece, en este caso indiferente porque como profesores de lengua y literatura española tenemos que responder, a menudo, a preguntas que atañen a la imagen que de la literatura española —o de habla española— se tiene en otros países, en este caso, en Suecia. ¿Por qué se prefiere a un poeta, pongamos Aleixandre, frente a otro, pongamos Jorge Guillén? ¿Quién de nosotros no ha tenido que contestar a preguntas semejantes en nuestras respectivas cátedras? Lo anecdótico puede llevarnos a comprender las circunstancias y coincidencias que pueden hacer que un premio se conceda o no. En este caso, además, de lo anecdótico se puede sacar una lección de honradez y solidaridad literaria.

Aquel año de 1956, Juan Ramón Jiménez parecía olvidado en Europa. No en América, claro está, donde sus lectores y seguidores eran muchos. En España no se hablaba de él por razones obvias: vivía exiliado en Puerto Rico donde desempeñaba un puesto de catedrático honorario en la Universidad de Río Piedras. En las librerías de Madrid no se vendían los libros del poeta de Moguer. Los demás países europeos le desconocían o le habían olvidado.

Si a los críticos literarios y periodistas enterados «de buena tinta», que se dedican todos los años a vaticinar el Nobel, les hubieran preguntado a principios de 1956: ¿en quién piensan los 18 miembros de la Academia para el Nobel de este año?, estoy segura que a nadie se le hubiera ocurrido el nombre de Juan Ramón Jiménez. De hecho, se había publicado unos años antes, en Suecia, una encuesta entre críticos de once países (Dinamarca, Inglaterra, Finlandia, Francia, Estados Unidos, Italia, Brasil, Argentina, Noruega, Suiza y Alemania) sobre quién debía recibir el Nobel en su opi-

---

* Ponencia leída en el Seminario didáctico de la AEPE en Salamanca, agosto de 1981.

Centro Virtual Cervantes

nión. (BLM, *Bonniers Litterära Magasin*, enero 1950). Solamente tres nombres de escritores de habla española aparecieron entre los candidatos propuestos por los críticos y de ellos sólo uno ha recibido más tarde el Nobel: Pablo Neruda propuesto por el crítico danés; Ortega y Gasset, propuesto por un crítico inglés, y el mexicano Alfonso Reyes, propuesto por el crítico argentino.

Y, sin embargo, en la misma revista de Estocolmo BLM, donde había aparecido años antes la encuesta citada, en el mes de diciembre de 1955 se había publicado la traducción de 16 poemas de Juan Ramón Jiménez firmada por uno de los 18 miembros de la Academia, el poeta Hjalmar Gullberg. Cuando yo la vi recordé la conversación que había tenido con él, años antes, con motivo de la concesión del Premio Nobel a la poetisa chilena Gabriela Mistral.

En los primeros días del mes de diciembre del año de 1948, había llegado a Gotemburgo en un barco sueco, desde el Brasil, la poetisa chilena. El agregado cultural de la Embajada de Suecia en el Brasil, Nils Hedberg, era mi jefe en el Instituto Iberoamericano y me había encargado que la recibiese y la sirviese de guía e intérprete en la ciudad. Por deseo de ella la acompañé también a Estocolmo y estuve a su disposición hasta que tomó el avión para París diez días después.

En el salón del Gran Hotel de Estocolmo, recién bajada del tren de noche, Gabriela Mistral debía encontrar a su traductor que era el mismo poeta Hjalmar Gullberg, que iba a representar un papel tan importante, años después, en la concesión del Nobel a Juan Ramón Jiménez. Yo asistí como intérprete a este primer encuentro casi dramático.

Muchos de los presentes habrán visto la fotografía de Gabriela Mistral: era una mujer alta y fuerte con un magnífico perfil de cacica india. Días después, en la cena de la Editorial, un conocido escritor sueco, Frans G. Bengtsson, la bautizó con el nombre de La Sibila Cumana, porque le recordaba el perfil de ésta en el fresco de la Capilla Sixtina. Hjalmar Gullberg era un hombre bajo, moreno, con las sienes plateadas, elegante y atildado. Estaba en la cumbre de su popularidad como poeta.

—Ya sé, ya sé —empezó Gabriela— que le debo a usted la concesión del Premio Nobel. Me han dicho que su traducción es mejor que mi original. (Era efectivamente muy buena y Hjalmar Gullberg mostró su satisfacción.) Pero —añadió Gabriela— el Premio no me lo debieron haber concedido a mí, sino a Juan Ramón Jiménez que se lo merece mucho más. Sí, sí, todos somos discípulos suyos.

La cara de Hjalmar Gullberg expresaba la más profunda sorpresa y el más extraordinario desconcierto. Por suerte, los periodistas irrumpieron con sus cámaras y Hjalmar Gullberg se volvió a mí y me dijo en sueco:

—¿Quién ha dicho?

Entre fogonazo y fogonazo yo traté de darle una idea rápida de lo que significaba Juan Ramón Jiménez. No sé si se enteró en aquel momento, pero en los días siguientes en comidas y visitas tuvimos ocasión de volver a hablar y sonaron los nombres de otros poetas españoles, especialmente el de García Lorca que él había traducido en parte.

No vi a Hjalmar Gullberg en los años siguientes, pero cuando leí la traducción de los 16 poemas, en el número de BLM de diciembre de 1955, recordé la cara de sorpresa del poeta sueco en aquel encuentro dramático. No me cupo la menor duda de que la frase lanzada por Gabriela Mistral, casi como un exabrupto, había fructificado, y ahora Hjalmar Gullberg sabía muy bien quién era Juan Ramón Jiménez.

La confirmación la tuve unos meses después cuando, en el mes de mayo de 1956, recibí una carta de la Academia Sueca preguntándome si estaba dispuesta a hacer un informe literario sobre Juan Ramón Jiménez con destino a los miembros de la Aca-

Centro Virtual Cervantes

demia. La sugerencia debía proceder de Hjalmar Gullberg ya que, aunque yo había colaborado en algunos informes, lo había hecho indirectamente a través del profesor de lenguas románicas de la Universidad.

Escribí rápidamente el informe en el Parador de la Sierra de Gredos. Traté de hacer un trabajo honesto de carácter más bien popular, para convencer a los restantes 17 miembros de la Academia que con toda probabilidad no sabían nada de Juan Ramón Jiménez, de que se trataba de un candidato indiscutible. Cuando llegó a mis manos el acuse de recibo de la Academia, fechado el 22 de julio de 1956, en términos satisfactorios, me quedé tranquila y esperé el resultado. Lo que más me inquietaba era saber que existía otro candidato fuerte, el poeta francés Saint-John Perse, presentado y traducido por otro miembro de la Academia que tenía un prestigio especial: el entonces Secretario General de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld. Sin embargo, según las informaciones de la prensa, el Secretario General envió por correo su voto a favor de Juan Ramón Jiménez.

¿Cómo recibió la prensa y la crítica en Escandinavia la concesión del Premio a Juan Ramón Jiménez? Hubo de todo: desde los que escribieron «el Nobel de Literatura a un poeta desconocido» hasta los que le concedieron a la elección la calificación de «notable». Si alguien se interesa por este aspecto (que puede servir para interpretar algunos de los «enigmas» del Nobel) puede consultar el libro que yo publiqué en 1963, en la serie del Instituto Ibero-americano de Gotemburgo *Juan Ramón Jiménez y la crítica en Escandinavia* que contiene, en traducción española, lo más importante que se escribió en aquella época.

¿Qué puede deducirse del caso de la concesión del Nobel a Juan Ramón Jiménez que sea aplicable a otros casos? La concesión de un premio internacional, dotado de una suma considerable, por un grupo de 18 académicos de profesiones y formación muy diversas, tiene riesgos que no se le escapan a nadie, ni a los propios miembros de la Academia Sueca. Hay una cantidad de imponderables coincidencias y casualidades, difíciles de tener en cuenta a la hora de explicarse la elección del candidato. Pero es interesante comprobar que, en el caso de Juan Ramón Jiménez, la honradez literaria de una poetisa chilena pesó más que cualquier otra razón.

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes